

blacion del serrallo, que, no obstante la consigna y esfuerzos del comandante de los bostandjis, las puertas iban á abrirse cuando se presentó el sultan Mustafá.

En cuanto el ejército de Baraiktar comenzó su movimiento hácia la ciudad, corrió un mensajero del serrallo y á fuerza de remos llegó muy pronto al kiosko de campo, donde el sultan saboreaba la frescura y el murmullo del Bósforo. Admirado que el bajá de Rustschuk y el gran visir hubiesen ordenado, sin prevenirle, una ceremonia tan augusta como la vuelta del estandarte del Profeta á su propio palacio, presintió que trataban de aprovechar su ausencia para llevar á cabo alguna atrevida conspiracion. Su terror le sacó de su inercia y tomando el primer barco que pasó por los jardines del kiosko, dirigióse de incógnito y disfrazado á la playa que separa las murallas del serrallo del puerto de Constantinopla. No suponiendo Baraiktar en aquel soberano afeminado tanta presteza y arrojo, no hizo vigilar la parte del mar. Mustafá deja su disfráz al atravesar la puerta de los jardines de su palacio, subió precipitadamente las terradas y escaleras de los kioskos de las sultanas, y presentóse inopinadamente en medio de sus servidores en los momentos en que su cobardia estaba á punto de ceder á las intimaciones de Ba-

raiktar. Su presencia, su gesto y su palabra despertaron la energía de los defensores del serrallo.

Manda al kisklar-aga ó jefe de los eunucos negros que subiese al terrado que dominaba la Puerta y que contemporizase algunos instantes con astutas palabras con el bajá de Rustschuk, anunciándole que el sultan Selim, libre de su encierro y revestido del traje imperial, se presentaria inmediatamente para recibir el homenaje de su ejército. El imprevisor Baraiktar creyó en las palabras del kisklar-aga, mandó á sus artilleros bajar sus mechas y á sus soldados aguardar respetuosamente la llegada de su verdadero soberano.

## XIX

Entretanto el ingrato Mustafá IV, olvidando la vida que debia á Selim, ordenaba en voz baja al kisklar-aga y á varios verdugos negros que le acompañaban, que bajasen á la prision de sus sobrinos y se trajesen el cadáver de Selim.

El jefe de los eunucos, con la bestial y ciega obediencia que caracteriza á su raza, marchó sin vacilar

á la cabeza de ocho ó diez ejecutores á las puertas del kiosko de los príncipes cautivos. Separados del sitio del tumulto por dos patios, el palacio y un jardín del serrallo, ignoraban los sucesos de aquel día. Ni los mismos clamores del ejército habian turbado el silencio de aquella parte del recinto y así es que sus esclavos abrieron sin recelo al kishlar-aga. El jefe de los verdugos encontró al sultan Selim de rodillas encima de su alfombra y diciendo las oraciones de los musulmanes al medio día. Al considerar el aspecto del kishlar-aga y de los eunucos conoció que traian su muerte, la cual esperaba y á la cual se habia resignado desde el momento en que habia bajado del trono. No dirigió á sus verdugos la menor queja ni grito de compasion, ni tampoco murmuró contra el cielo, y solo pidió que le dejaran acabar sus oraciones, para que subiera su alma mas tranquila y mas santificada á su criador.

Mas el jefe de los eunucos, impaciente por librar á Mustafá del único competidor que podia disputarle el trono, negó ferózmente aquel último minuto de tiempo á su antiguo amo, y mandó á los verdugos que le ahogasen. Precipítanse estos sobre el príncipe y tiéndenle bajo sus rodillas en la alfombra; pero Selim mas indignado por la negativa del kishlar-aga é impaciencia de sus asesinos que por la misma

muerte, les disputó su vida con la mayor energía. Dotado de todo el vigor de su raza, que habia robustecido los ejercicios militares de su infancia y que redoblabá entónces la desesperacion, levántase de debajo las piernas y brazos de sus verdugos, tiende tres por el suelo y luchaba fuertemente con los demás, cuando el kishlar-aga viendo la lucha indecisa, precipítase sobre él y tambien queda tendido á sus piés; mas levantándose aquel negro feróz cójele por el cuello y hácele desmayarse de dolor y caer al suelo sin conocimiento. Aprovechan este momento los verdugos, apresuránse á apretar el fatal lazo y Selim espira sin haber sentido una segunda vez la muerte.

## XX

El kishlar-aga y los verdugos le llevaron en seguida y tendieron á los piés de Mustafá IV, en el divan, donde el príncipe esperaba con impaciencia el cuerpo de su víctima. Manifestó gozar, al contemplarle, de la seguridad del trono, y volviéndose para dirigirse al serrallo, dijo con desden á sus servidores:

« Abrid ahora las puertas y entregad á Mustafá-  
« Baraiktar el amo y soberano que pide. »

Los eunucos abren la puerta y Baraiktar se precipita el primero para echarse á los piés de Selim... Mas tropezando con su cadáver tendido en la entrada retrocede de horror y levanta los ojos al cielo :

« ¡Desgraciado! ¡qué he hecho! » exclamó. « ¡Oh amo mio! queria restableceros en el trono de vuestros antepasados y mi fidelidad no ha hecho mas que precipitar vuestra muerte. ¡Cómo ha podido el cielo reservar esta suerte á tantas virtudes! »

Al acabar estas palabras, arrodillase delante del cadáver de Selim, abrázale, bésale piés y manos, cubre su cara de lágrimas y solloza como un tierno niño. Sus soldados consternados y silenciosos se apartan de horror y mezclan sus lágrimas con las de su general.

## XXI

Aquellas lágrimas eran un peligro, pues consumian el tiempo que los partidarios de Mustafá IV po-

dian aprovechar para consolidar el respeto por la necesidad de conservar aquella última gota de sangre otomana. Desalentado Baraiktar ni siquiera sabia si era preciso continuar su obra, puesto que su idolatrado príncipe, por quien tanto y tanto habia hecho, yacía exánime á sus piés, y parecíale inútil consumir una revolucion, que no tenía ya mas interés que su propia seguridad y la de sus cómplices. ¿Qué podia importarle, despues de la muerte de Selim, el príncipe envilecido ó desconocido que ocupase el trono? La amistad, no la ambicion era la única que habia arrastrado á Baraiktar á tamaños sacrificios. Hubiera dado, para reanimar á Selim, toda la sangre que habia expuesto para coronarle de nuevo.

Tales eran los tétricos pensamientos del bajá de Rustschuk mientras que contemplaba, con la cabeza inclinada y los brazos caidos el velo amarillo que cubria el rostro de su príncipe. Baraiktar pareció envidiar aquella mortaja y pedia al Profeta ser enterrado á sus piés.

## XXII

El capitan-bajá ó gran almirante Said, que hemos citado como uno de los cómplices secretos de Baraiktar, ménos enternecido que él por ser su afecto hácia Selim ménos vehemente, notaba la frialdad hostil de las tropas inactivas, y temiendo la venganza pronta é inevitable de Mustafá IV, despues de haber dejado correr un tanto las lágrimas del general, cójele por el brazo y sacudiéndole fuertemente como para arrancarle á su ensueño, díjole al oído :

« ¡ Cómo ! ¡ el bajá de Rustschuk llorando como una mujer ! ¡ Venganza y no lágrimas es lo que es-  
« pera en estos momentos de nosotros el sultan Se-  
« lim ! ¡ Castiguémos á sus asesinos ! y sobre todo no  
« demos al sanguinario Mustafá, que no ha cejado  
« ante la muerte de su bienhechor y primo, el tiempo  
« de consumir su crimen ahogando á su hermano  
« menor Mahmoud. »

## XXIII

Como si la voz del capitan-bajá le despertase, levantó Baraiktar la cabeza, enjuga sus lágrimas, recobra su fisonomía, sus maneras, su voz estentórea de general en jefe y de jefe de partido.

Vuélvese hácia los soldados y la multitud de servidores de palacio, de los icoglanes, pajes y funcionarios que rodeaban la alfombra mortuoria de Selim y exclamó :

« Prended á Mustafá, proclamemos en su lugar á  
« su hermano, el jóven é inocente Mahmoud, el ami-  
« go y discípulo de Selim, que respira todavía y mue-  
« ran á manos de los verdugos los asesinos de su amo  
« y los que han aconsejado su muerte ! »

A esta órden soldados, oficiales del serrallo y espectadores, confundidos en una misma ansiedad, precipítanse unos en el palacio para apoderarse del sultan Mustafá IV, abandonado de los suyos y refugiado en los brazos de sus mujeres, otros al través de los jardines ó kioscos de los príncipes encarcelados, para salvar y coronar á Mahmoud II.

Una larga y cruel incertidumbre, que revelaba un doloroso silencio, agitaba en aquel momento la multitud y ejército, esperando ansiosos la presencia de otro amo.

Ninguno encontraba á Mahmoud; los rumores mas siniestros corrian de boca en boca; suponíase que los verdugos, que habian asesinado á Selim, habian sacrificado al mismo tiempo al jóven príncipe para consolidar así á su hermano Mustafá. Los esclavos que huían del kiosko no podían dar la menor noticia sobre su suerte, y los soldados que penetraban en las habitaciones temían á cada paso encontrar un cadáver mas.

Ni estos crímenes ni estos terrores eran fundados.

Cuando el kishlar-aga y los eunucos negros entraron en aquella parte del serrallo para ejecutar las órdenes de Mustafá IV, todos los servidores del jóven príncipe presintiendo la suerte que le amenazaba, se habian precipitado, puñal en mano, sobre los eunucos y disputándoles la entrada del corredor que conducía á las habitaciones interiores del niño. Ocupados muy luego los eunucos en luchar con Selim, habian cedido, ya sea por impotencia ya sea por compasion, y Mahmoud al ruido y gritos del combate prolongado entre Selim y sus asesinos, habia tenido tiempo de huir á los sitios mas sombríos del palacio.

Un jóven esclavo, de su misma edad, envolvióle allí en una alfombra y metiendo esta en dos ruedas de esteras, salió fuera de palacio temiendo que su presencia revelase el punto donde su amo estaba escondido.

Mahmoud oía perfectamente los últimos gemidos de su primo y amigo Selim, el tumulto de los patios y jardines, el ruido de las armas, los clamores confusos que resonaban en las calles de cipreses. Informado por Selim de los proyectos de restauracion meditados por Baraitkar, seguro de una resolucion y de un combate bajo aquellas murallas, inseguro del éxito, no pudiendo distinguir en medio de las confusas voces, que hasta él llegaban, el grito y nombre que la victoria ó la pérdida pronunciaba, gemía en la agonía y la esperanza, llorando á su amigo y resignando su propia suerte á la fatalidad. Ignórase si le salvó el misterio de su retiro ó la piedad de Mustafá IV.

## XXIV

El esclavo que le habia escondido, y mezcládose en seguida á la multitud, al saber la deposicion del

sultán y la proclamación de Mahmoud II, corrió á sacarle de las alfombras y saludar á su emperador en el amigo y niño que acababa de salvar. La multitud ébria de gozo le conduce delante de Baraitkar, y precipitándose este de rodillas al verle besó la punta de su pelliza y simula poner su cabeza bajo el pié del jóven soberano:

« Amo y señor, » dícele; « ¡ un crimen execrable  
« acaba de privar al impèrio de su legítimo soberano,  
« el sultán Selim! ¡ Fué vuestro padre adoptivo y vos  
« fuisteis su discípulo y amigo; sus principios y vir-  
« tudes reviven en vos; vivid para defender la reli-  
« gion del Profeta; vivid para devolver su fuerza y  
« gloria á los Osmanlis! »

Cien mil hombres en los patios y jardines del ser-rallo y algunos instantes despues un millon de voces en el mar y en la ciudad repiten la aclamación de Baraitkar á Mahmoud II. Postrado el bajá de Rustschuk á la vez de dolor, respeto y alegría, no se levantó hasta que el jóven príncipe se lo mandó varias veces, proclamándole por su parte vengador de Selim, su salvador y gran visir del imperio.

Así terminó aquella revolución, la mas trágica y patética de todas las que han cambiado los destinos del imperio, quizá la única en que los sentimientos del corazón humano tuvieron mas parte que las opi-

niones, ambiciones y la política. Fué el augurio de la decadencia de aquel cuerpo funesto para el reposo y honor de los Osmanlis, de la emancipación de los soberanos avasallados hasta entónces por las turbulencias de aquella aristocracia de la plebe, y del triunfo definitivo del órden y de la civilización en Oriente.

## XXV

El nombre de Baraitkar entusiasmó el corazón é imaginación del pueblo y todo se inclinó y tembló en su presencia; ningun gran visir tuvo á la vez en sus manos mas ascendiente sobre un amo jóven y reconocido como Mahmoud II, ni mas fanatismo en su ejército, mas autoridad en el diván y en la capital. Ninguna rivalidad podia levantarse á su lado; no podia temer mas que el exceso de su poder y la fascinación de su grandeza.

Comenzó por vengar á Selim III, pues la venganza que las razas salvajes confunden siempre con la justicia, es la primera sed de sus corazones. Los vencedores no creen ser justos hasta despues de haber castigado. En un mismo dia treinta y tres cabezas de

los enemigos de Selim cayeron bajo la hacha de los verdugos y fueron espuestas como expiacion delante de la puerta del serrallo. Los hombres que contemplaban de cerca aquellas súbitas oscilaciones de la muerte que caía sobre los mismos que acababan de matar, distinguieron entre las víctimas al feróz jefe de los eunucos negros, al kishlar-aga que habia martirizado y entregado á Selim desmayado á sus verdugos; á su lado estaba el emir Akhor ó caballerizo favorito y consejero de Mustafá IV; en fin, el valiente y fiel comandante de los bostandjis, que habia cerrado en frente de todo un ejército, las puertas del palacio que le estaban confiadas.

Respetando los Osmanlis la dignidad turca en medio del crimen y el suplicio, habian colocado la cabeza del jefe de los eunucos negros en una bandeja de plata, á causa de su alta categoría en el serrallo. Fueron precipitados en el Bósforo todos los jefes de los yamaks que no habian escapado huyendo á la justicia de Baraiktar, y Hadji-Ali vino á recibir la recompensa de su grande adhesion. La venganza acusó de complicidad hasta al corazon de las mujeres, de las favoritas, de las esclavas privilegiadas del serrallo de Mustafá IV, y las que fueron denunciadas como habiendo celebrado la muerte de Selim, bien por complacencia, bien por amor, bien por crueldad,

fueron entregadas á los verdugos, cosidas en sacos y arrojadas al mar, bajo los muros del serrallo. Algunos días despues las dejaron las olas en las orillas de aquellos jardines, donde merced á su hermosura y al favor del sultan, habian reinado algunos meses. Unas veinte de aquellas víctimas fueron inmoladas á la pasion del bajá de Rustschuk hácia su amo, que la muerte le habia arrebatado; el poder supremo no le halagaba sin Selim y tan solo gozaba del derecho de vengarle.

Hízole funerales dignos del soberano de sesenta millones de hombres, y no solo corrieron las lágrimas de Mahmoud II y de Baraiktar sino que un inmenso sollozo se levantó todo el dia de los barrios de Constantinopla y del mar cubierto de navíos y barcos de luto. Selim III era adorado en secreto de todos los que ven en la bondad la emanacion mas pura de la divinidad de un príncipe. Los genízaros le detestaban solamente por considerarle como libertador del pueblo, á quien su secta queria avasallar siempre. Su elogio era el objeto de todas las conversaciones y narradores públicos, diseminados cerca de las fuentes, en los cafés, en los patios de las mezquitas; contaban al público conmovido, á las mujeres y niños las circunstancias interesantes de su deposicion, de su encarcelamiento, de su amistad hácia el jóven Mah-

moud, de su lucha en la prision, de sus rezos, de su suplicio y de su muerte. Véase en aquellas relaciones su cadáver arrojado como una irrisión al ejército y las lágrimas de Baraitkar. Ningun soberano tuvo mayor acompañamiento de lágrimas, sin mas provocacion que la piedad, en derredor de su tumba. Sin embargo, aquel mismo pueblo habia abandonado trece meses ántes al jóven soberano á la sedicion de un puñado de asiáticos, á la opresion de los genízaros, á la venganza de los ulemas; mas la mano de Baraiktar habia roto el sello de la discrecion y de la timidez, y el amor surgia con las lágrimas.

Hemos dicho que Selim III habia tenido bastantes relaciones con el último rey á quien la revolucion francesa encargó de operar los grandes cambios que su época exigia, castigando despues su obediencia precipitándole del trono en el cadalso. Tuvo toda la audacia de Pedro el Grande sin la feróz obstinacion que la mancha de sangre al consumarla. Todo reformador debe ser pontífice ó soldado. Selim no era ni uno ni otro. Piadoso sin fanatismo, valiente sin arrojé, hombre de consejo, no de ejecucion, prefiriendo deliberar con los sabios de su imperio y confiando luego á sus instrumentos el cumplimiento de sus proyectos, la naturaleza no le habia creado para luchar de muerte con una soldadesca organizada y ti-

ránica como la de los genízaros; conocia su opresion y quiso destruirla; amenazó pero no castigó mas que á medias. Su moderacion estimuló á los insolentes, sucumbiendo á la vez él y su imperio.

Tal fué Selim: uno de esos príncipes á quien llora el pueblo mas que halaga, una de esas víctimas coronadas de pésames que se esponen despues de su muerte al pié de los tronos, para enseñar á sus sucesores la imitacion de sus virtudes y el ejemplo de su caida, hombres á quienes no dispensamos nuestra admiracion sino mezclándola con piedad.

## XXVI

Algunos dias despues de los funerales de Selim III, Baraiktar hizo coronar á Mahmoud II. La investidura de la soberanía entre los turcos no es mas que la marcha solemne del sultan desde su palacio hasta la mezquita de Aioub, para ceñir allí el sable de Mahoma. En una nacion de militares y conquistadores, la diadema no está en la frente, sino en la mano. El puño de la espada hé aquí el cetro de los hijos de Othman.

El interés mas tierno rodeaba á aquel adolescente

que salia apénas del cautiverio para subir al trono, sobre las ruinas de la fortuna de su hermano y pasando por encima del cuerpo de su amigo. La hermosura de Mahmoud II añadia un prestigio mas á su título. Jamás habian visto los turcos en la frente de su soberano mas presagios de una inmensa felicidad ni mas promesas de delicias y de fuerza. El sultán no tenia todavía diez y seis años; su cuerpo, de mediana estatura pero flexible y fuerte, tenia la agilidad nerviosa que la muelle reclusion del serrallo da con demasiada frecuencia á los orientales. Su turbante ocultaba cabellos castaños que revelaban una madre circasiana. Su barba no oscurecia aun el cútis de hermoso blanco y de color animado que el serrallo no habia ni destruido ni arrugado. Sus cejas algo altas, como la arrogancia de su raza, formaba el arco de Othman sobre sus ojos. Un fuego dulce, pero movido y penetrante se desprendia de sus miradas y apesar de sus labios algo cerrados su sonrisa tenia una graciosa superioridad.

Realzaba su fisonomía una nube de tristeza que sin duda le recordaba su cárcel llevando su meditacion á lejanas cosas. Tenia anchas espaldas, sus brazos se desprendian naturalmente, sus piernas un tanto arqueadas por el caballo y por la postura de los musulmanes en el divan eran cortas y ágiles.

Manejaba con destreza el corcel turcomano cuyas crines trenzadas con perlas y cuya cola teñida de rosa, acariciaban las piernas. Así le describia uno de los icoglanes, que me trasmitia en 1834 el recuerdo de aquel primer dia de su reinado; así le contemplé yo despues, con la espresion del genio laborioso, enfermizo, pero perseverante en las facciones.

## XXVII

Baraiktar patrocina la juventud de Mahmoud y parecia proteger su reinado con una selva de sables. Por la vez primera osaba un gran visir mezclar el aspecto de las armas á las pompas civiles y religiosas de la coronacion del soberano. Los mismos genizaros no llevaron aun mas que un baston blanco en la mano, á fin de manifestar al imperio que el trono deriva del derecho, de la herencia, no de la fuerza.

Mas el bajá de Rustschuk, ya sea por temor de una sublevacion de los partidarios de Mustafá IV, ya sea por reconocimiento á los soldados que habian purgado y rehabilitado el trono, ya por costumbre del

guerrero que no ve nada mas esplendido que las armas, violó la etiqueta de Oriente. Hizo que le precediesen y siguiesen trescientos de sus ginetes albaneses armados de fusiles, sables y puñales, y con pistola en mano. Los rumores de los genizaros y del pueblo probaron el descontento que aquella innovacion escitaba sordamente en los corazones. Murmurábase contra la afectacion de la predominancia de los albaneses, compatriotas de Baraiktar sobre las demás tropas y contra la falta de respeto al sultan. Los enemigos tímidos aun de la revolucion decian que obrar así era el mayor desprecio de un aventurero albanés hácia el pueblo, y la mayor provocacion para su joven soberano.

### XXVIII

El gran visir formó su ministerio enteramente á su gusto. Todos creian que reuniria los principales cómplices y los instrumentos mas hábiles y activos de los últimos sucesos, Taias-Bajá, el antiguo kaimakan de Mustafá, refugiado en Rustschuk, y cuyo resentimiento habia instruido la venganza de Baraik-

tar, Sayd, el capitán-bajá, traidor con su último amo para restituir el imperio al primero, mas no sucedió así.

Ya sea que Baraiktar temiese los talentos de aquellos hombres vendidos á dos reinados, ya que despues de haberse servido de ellos para consumir su obra quisiera castigarlos por no haber permanecido siempre fieles á Selim III, Taias-Bajá fué ejecutado como recompensa de sus inspiraciones y servicios. Su cabeza, cortada por los verdugos, ocupó en las murallas del serrallo el lugar de la cabeza del eunuco negro. El capitán-bajá fué desterrado á una de las rocas del Archipiélago. Ramis-Bajá y Begdjy-Effendi fueron los únicos confidentes é instrumentos de Baraiktar que compartieron su fortuna. Ramis fué nombrado gran almirante en reemplazo de Sayd. El arrojado y diestro Begdjy-Effendi fué elevado á la categoria de ministro. Respecto al gran visir, á quien prendió durante la conspiracion, Baraiktar despreciaba bastante su simplicidad para dejarle la vida y sus bienes, y sin cólera ni reconvencion permitió volver á la oscuridad, de donde la casualidad de una revolucion le habia sacado, á aquel hombre leal pero débil que no habia sabido mas que obedecer gimiendo al doble impulso de dos amos.